

ESPERANZAS TRUNCADAS

Nací en 1925, era la cuarta de cinco hermanos y la única chica. Vivíamos en un pueblecito castellano con nuestra madre, quien, tras enviudar, continuó llevando la renta de las tierras del marqués con ayuda de mis hermanos mayores. Comencé a ir a la escuela con seis años, coincidiendo con la llegada de doña Esperanza, la nueva maestra, quien trajo con ella una radio al pueblo. Por la mañana, en la escuela, nos ponía música y por la noche invitaba a escucharla, durante un ratito, tanto a las mujeres como a los hombres. Nos enseñó a bailar charlestón al tiempo que nos decía que era muy importante cultivar el cuerpo además de la mente y educar a niños y niñas por igual.

Aunque yo solo tenía once años, recuerdo claramente el día en que los criados del marqués, con las escopetas al hombro, entraron en la escuela y se llevaron a la maestra mientras sonaba en la radio su último charleston.